



WORLD
WARCRAFT
MISTS of PANDARIA

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Misión en Pandaria

Tercera parte

por Sarah Pine



Misión en Pandaria: 3ª Parte

El vapor de la tetera inundaba el aire con el refrescante aroma de la menta, lo que traía a la mente de Chon Po los momentos en que Shen-zin Su nadaba hacia latitudes más elevadas, donde los días se acortaban y se enfriaban. Para hacer frente al frío, Xiu Li solía hervir agua para hacer té, y los dos pandaren rodeaban las tazas de cerámica con sus zarpas mientras intercambiaban anécdotas y se arropaban con mantas para entrar en calor. Esta vez no era Xiu Li quien vertía el té, sino su madre, Mei.

—Últimamente estás muy cansado, Po —decía ella.

Chon Po cogió su taza de té y la volvió a bajar. Mei estaba sentada a la mesa en el mismo lugar en el que se encontraba Li Li la tarde en la que él perdió los estribos con ella y con Chen. A la noche siguiente, Li Li se marchó a hurtadillas con la perla. Desde entonces solo había recibido algunas cartas con datos imprecisos. Echaba muchísimo de menos a su hija.

—Estoy preocupado por Li Li —dijo—. Y por Chen.

Mei tomó un sorbo de té. El grisáceo pelaje en ambos lados de su rostro coincidía en tono con el cabello que había peinado hacia atrás para formar una trenza. Fijó su mirada en él y a Chon Po le dio un vuelco el corazón. Era la misma mirada que la de Xiu Li. Y también la de Li Li.

—Preocuparse por la familia es algo natural —dijo Mei.

—¿Qué he hecho mal? —espetó Chon Po. Mei elevó las cejas al mirarle, y a continuación bebió un poco más de té.

—Me temo que tendrás que ser algo más preciso —dijo ella.

—He fracasado. Mi familia está dividida, y solo mi hijo sigue conmigo. Mi hija me desprecia. —La rabia y la frustración eran fácilmente perceptibles en su tono de voz. Mei sacudió la cabeza.

—Li Li no te desprecia, Po —dijo ella—. No estás haciendo la pregunta adecuada.

—¿Y cuál es la pregunta que *debería* hacer?

—Deberías estar preguntándote si crees que la muerte corporal es una tragedia mayor que la muerte espiritual.

Chon Po pestañeó.

—¿Qué?

Mei bajó la taza de té y cruzó los brazos.

—Cuando Xiu Li murió, perdiste a tu mujer. Yo perdí a una hija. Sé lo que temes, porque yo lo he experimentado.

El corazón de Chon Po dio un vuelco. Mei prosiguió.

—A mi hija le encantaban los barcos de pesca. Adoraba el mar; adoraba el modo en que el trabajo oscilaba siempre entre el ocio, la cuidadosa paciencia y la emoción. Y sí: también adoraba el riesgo.

Los ojos de Mei se apartaron de los de Chon Po. Parecían mirar más allá de él, hacia algún recuerdo que se desarrollaba en su mente.

—Solía observar cómo se le iluminaba el rostro cuando se ocupaba de su barco. Cada día, mientras lo llevaba desde la orilla hasta mar abierto, su espíritu se elevaba.

La mirada de Mei volvió a centrarse.

—¿Le habrías arrebatado eso tan solo para mantenerla a tu lado durante más tiempo?

Chon Po observó su taza de té y su plato.

—Bo, el Recio, siguió a Li Li porque yo se lo pedí, y acabó muerto...

—¿Te han contado Li Li o Chen qué es lo que dijo Bo antes de morir, Po?

Nervioso, volvió a mirar a Mei, que le había pillado con la guardia baja.

—No —respondió.

—El último sentimiento que Bo expresó fue de gratitud por haber compartido los viajes de Li Li. Dijo que habían supuesto una auténtica inspiración. Que si tuviese la oportunidad de elegir, haría exactamente lo mismo. No lamentaba nada.

Chon Po luchó contra esa idea durante un instante.

—¿Eso es verdad?

—Tanto Li Li como Chen me han dicho eso. No creo que me mintiesen. Estaban hundidos por lo que le sucedió a Bo.

Mei se acercó y posó una de sus arrugadas zarpas sobre las de Chon Po.

—Po, no puedes obligar a Li Li a hacer lo que tú quieras. Y lo sabes. Ya te ha desafiado dos veces. Li Li es lo que es: una luchadora, igual que tú. Su anhelo por conocer mundo es parte de lo que somos, y Shen-zin Su es prueba de ello. Pero no por ello dejará nunca de ser tu hija. Aunque no vuelva jamás a casa, no habrás perdido a Li Li.

—Solo quiero que tenga un mínimo de seguridad —dijo Chon Po cerrando los ojos.

—Ella será quien encuentre su propia seguridad —respondió Mei—. Y su propia felicidad.

* * *

Las doradas dunas se sucedían a gran velocidad y cada paso que daba la impulsaba varios metros hacia adelante en la arena. El sol se iba poniendo a la derecha de Li Li mientras descendía a toda prisa por las escarpadas montañas de la frontera suroeste de Tanaris. Pasó junto a un pequeño oasis de cactus en la base de las montañas, de camino hacia un estrecho paso que cortaba tan repentina y limpiamente la roca que parecía haber sido horadado por algún tipo de hacha cósmica. Cuatro firmes y magníficas estatuas flanqueaban el camino. Una de ellas tenía el típico aspecto de una mujer humana, pero el resto tenían cabezas de animales. Li Li se giró hacia ellas, y estas cobraron vida y extendieron sus manos hacia delante en ademán tentador. Aminoró su marcha, intrigada, y se dirigió hacia ellas. Al hacerlo, su comportamiento cambió. Gruñeron, y unos dedos largos y escuálidos que terminaban en garras parecidas a guadañas se extendieron hacia ella. Li Li abrió la boca para gritar. Las estatuas mutaron en una sola entidad que se transformó en su propio padre. Sus intenciones seguían siendo malévolas; él también la atraparía y la apresaría. Intentó correr, pero su zancada, antes tan vigorosa, dudó, y Li Li se precipitó hacia el suelo. Se observó a sí misma cayendo hacia delante a cámara lenta, cada segundo parecía durar una eternidad. Mientras el camino pedregoso se alzaba para recibirla, el paisaje se volvió líquido y la roca de color cobrizo cambió a un azul zafiro. Se zambulló en un embravecido mar que la zarandeaba, en medio de una imponente tormenta. Olas del tamaño de Shen-zin Su la elevaban y la succionaban hacia abajo con violencia. Ella clavaba las garras en el agua para permanecer a flote, boqueando en busca de aire. Una ola la elevó sobre su cresta, y pudo alcanzar a ver algo en la parte inferior. Otro pandaren nadaba hacia ella, y gritaba su nombre; estaba atrapado en el mismo océano despiadado.

—¡Mamá! —gritó Li Li.

Xiu Li llamó a gritos a su hija. Li Li extendió los brazos hacia ella, olvidándose de nadar. La ola sobre la que estaba no siguió su curso natural, sino que rompió y el agua se precipitó sobre sí misma. Li Li salió despedida hacia adelante, en la punta de lanza de la avalancha. El rostro de su madre se abalanzó sobre ella, mientras toneladas de agua rugían a su espalda y parecían ser la más firme sentencia de muerte jamás dictada.

* * *

Algo húmedo salpicó la cabeza de Li Li y provocó que se despertase entre toses. Intentó levantarse, perdió el equilibrio y se estrelló contra el suelo, lo que hizo que varios objetos de su equipo se desprendiesen.

—¿Li Li? —El tono preocupado de Chen la calmó y acabó con su pánico—. ¿Estás bien?

Li Li se incorporó, esta vez ya con cautela, mientras se frotaba los ojos. Su mente iba poco a poco separando la realidad de la fantasía. Estaba en un vagón, cruzando Tanaris como parte de una caravana de enanos en dirección a Uldum.

—Sí —masculló entre dientes, aún algo dispersa por la siesta y la pesadilla—. Solo era una pesadilla. — La imagen del rostro desesperado de su madre volvió de repente a su mente, lo que provocó que se estremeciese.

—Eso me temía. No hacías más que moverte de un lado para otro. Has tirado uno de los odres de agua. —Chen sostuvo el contenedor, que tenía una marca oscura en el cuero que revelaba dónde se había derramado el agua. Li Li se apretó la mano contra la frente e intentó hacer algún tipo de broma, pero su ingenio no estuvo a la altura.

—¿Con qué estabas soñando? —preguntó Chen—. ¿Quieres hablar de ello?

—Empezaba como la visión que me mostró la perla en Gadgetzan. Estaba viajando por Tanaris. Vi el oasis y el paso con las estatuas. Y entonces... —La voz de Li Li se fue apagando. Chen esperó pacientemente.

—Entonces se convirtió en una pesadilla. Estaba... atrapada en el mar durante una tormenta —concluyó.

Chen no la presionó para obtener más detalles.

—No pasa nada, Li Li —dijo. Su presencia era más reconfortante de lo que Li Li estaba dispuesta a admitir.

Ambos se abrieron paso entre los pliegues de la lona que había en la parte trasera del vagón y treparon hasta el asiento de madera. Se sentaron junto a la conductora, una enana de pelo gris oscuro llamada Felyae. La dorada e interminable arena de Tanaris se extendía en todas direcciones. Lo único que rompía semejante tedio visual era la cadena de montañas al suroeste, que había aparecido en el horizonte unos cuantos días antes, mientras coronaban las dunas. Saber que la caravana no dejaba de acercarse al final del desierto motivaba a toda la tripulación.

—¿Qué tal te encuentras, muchacha? —preguntó Felyae amablemente—. No parecía que te estuviese sentando muy bien esa siesta.

—Estaba teniendo una pesadilla —respondió Chen antes de que Li Li pudiese decir nada.

—Sí, el calor del desierto no es bueno para la cabeza —respondió Felyae. Tiró ligeramente de las riendas del camello hacia sus muslos para enfatizar sus palabras—. Todo el mundo tiene pesadillas y alucinaciones.

Li Li no había pensado jamás en las visiones de la perla como alucinaciones, pero sus experiencias durante las últimas semanas estaban provocando que lo reconsiderase. Al llegar a Gadgetzan estaba segura de poder conseguir un barco gracias a los contactos de Catelyn, lo que les permitiría a ella y a Chen dirigirse por fin al sur en busca de Pandaria. Pero, incluso a pesar de la recomendación de la famosa pirata, les resultó imposible encontrar a un capitán dispuesto a colaborar. De nuevo, se dirigió a la perla en busca de algún tipo de consejo, y esta le había mostrado un camino a través de Tanaris y más allá de las montañas, hacia la tierra de Uldum. Así que hacia Uldum se dirigían ella y Chen, tras comprar el pasaje a un grupo de enanos de la Liga de Expedicionarios.

—Llegaremos a la frontera en uno o dos días —dijo Felyae, llenando el silencio—. ¿Qué tenéis pensado hacer en Uldum?

—Vamos a la ciudad —dijo Chen.

—Ah, ¿Ramkahen?

—Eh, sí, Ramkaa... hen —respondió Li Li, pronunciándolo a trompicones. No sabía el nombre de la ciudad—. Esa es la que está a la orilla del lago, ¿verdad?

—Al menos en la orilla norte —afirmó Felyae—. Se llama así por sus habitantes.

—Los tol'vir —dijo Chen. Felyae asintió con la cabeza, y Chen prosiguió—. ¿Sabes algo acerca de ellos? Yo apenas los conozco.

—Bueno —comenzó Felyae, pensativa—, los tol'vir son como centauros, solo que son gatos grandes en vez de caballos.

Chen se incorporó, visiblemente fascinado.

—¡Qué interesante!

—Sí —dijo ella—. Una vez estuve en Ramkahen, y conocí a varios de ellos. Sea como sea, los tol'vir están divididos en tribus, que llevan el nombre de la ciudad en la que vive cada una de ellas. Los Ramkahen viven en Ramkahen. Antes había otras dos, la Neferset y la Orsis, pero casi han desaparecido del todo.

—¿Qué sucedió? —preguntó Li Li.

Felyae sacudió la cabeza con tristeza.

—Una guerra. Una guerra civil. Ahora los Ramkahen son realmente los únicos que quedan.

—Es una lástima —dijo Chen en voz baja.

—Sí que lo es —afirmó Felyae—. No he estado en la ciudad desde que terminó la guerra, así que no puedo deciros qué os vais a encontrar, pero recuerdo que era un lugar sombrío. Bonito, pero lleno de dolor.

Los tres permanecieron en silencio durante un tiempo en el vagón, mecidos por sus ligeros tumbos, contemplando el pesado andar del camello que se elevaba sobre la enésima duna. Mientras llegaban a la cima escucharon un sonoro grito, y Dalgin, líder de la caravana, comenzó a dar grandes voces en el desierto.

—¡Allí está el Valle Cardizal, en la parte inferior de las montañas! ¡Uldum ya está cerca!

La emoción de Dalgin era contagiosa, y Li Li, Chen y Felyae esbozaron una sonrisa ante las buenas nuevas, a pesar del lóbrego tema sobre el que habían estado hablando. Li Li sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Uldum no había sido descrita jamás en ninguna de las cartas de Chen.

* * *

Cuando llegaron al valle, el humor de todos mejoró. La arena dio paso a un suelo más firme, y el ritmo de la caravana se incrementó. Las inhóspitas montañas se alzaban justo frente a ellos, y un revelador corte en la ladera mostraba el proseguir de la senda.

Dalgin se aseguró de que no sucediese nada sin anunciarlo con anterioridad.

—¡Estamos llegando al paso! —gritó—. ¡Estaremos en el campamento al anochecer!

La caravana avanzaba sin cesar, lenta y penosamente, hacia las sombras que se extendían a lo largo de la base de los empinados muros de la montaña. Muy por encima, las estatuas de los guardianes, aún mayores que en la visión de Li Li, flanqueaban a los viajeros. Se estremeció al recordar su sueño, pero las enormes tallas permanecieron impertérritas, imponentes al mismo tiempo que inofensivas.

Las pezuñas de los camellos repicaban suavemente contra el suelo, y su débil eco reverberaba como si se trataran de lejanas campanas. Li Li giraba la cabeza en todas direcciones. Deseaba de todo corazón conocer a la gente que había creado ese lugar, para escuchar sus historias y aprender más sobre su arte. Alcanzó a ver a Chen mientras observaba todo a su alrededor, y descubrió que en su rostro se dibujaba la misma expresión de asombro y fascinación. ¿Se habría sentido así también Liu Lang? ¿Fue eso lo que los llevó, a él y a sus seguidores, a perseguir una vida de exploradores? Una punzada de lástima castigó su corazón al pensar en su padre. No tenía ni idea de lo que se estaba perdiendo.

La luz volvió a inundar la caravana después de atravesar el paso. El camino proseguía hacia al oeste, cruzando unas grandes ruinas. Una enorme estatua de una persona de apariencia felina y con alas guardaba una tumba con una gran espada en la mano. Li Li estaba tan absorta contemplándola que casi

ni se percató de que la caravana se había detenido de repente con un bandazo. El grito proveniente de Dalgin acabó con su ensimismamiento.

—Por la barba de Brann, ¿qué es todo esto? ¿Por qué nos apuntáis con eso?

Li Li, Chen y Felyae intercambiaron entre sí miradas de cautela. De manera instintiva, Li Li buscó a su espalda el bastón que sabía que se encontraba en el interior del vagón cubierto, pero Chen la agarró por la cintura para detenerla. Con su otra zarpa apuntó hacia las ruinas. Li Li siguió su mirada.

Varias criaturas, altas y cuadrúpedas, de color oro pardo, marrón brillante y negro azabache, avanzaban hacia la caravana a grandes zancadas. Sus torsos eran similares a los humanos, pero tanto sus cabezas como la parte inferior de sus cuerpos eran felinas. Li Li contuvo la respiración: ¡tol'vir! Su emoción no duró demasiado. Se trataba de tol'vir con cara de pocos amigos, y estaban armados.

—¡Eh! —gritó Dalgin mientras se acercaba a los tol'vir—. ¡No hemos hecho nada malo!

El líder del grupo de tol'vir dio un paso al frente; las prendas que llevaba en el pecho y en el lomo lo hacían fácilmente distinguible. En una de las manos llevaba sin esfuerzo una lanza verdaderamente enorme. Dalgin era la mitad de grande que él. Li Li admiraba el valor del enano. O su imprudencia.

—Debéis venir con nosotros a la ciudad de Ramkahen —retumbó la voz del líder tol'vir—. Allí os explicaréis ante el rey Phaoris.

—¡Por favor, si simplemente estamos mirando! —replicó Dalgin—. Documentar alguna que otra cosa, registrar datos...

—Se os escoltará a la ciudad —repitió implacable el tol'vir. Dalgin murmuró algo en idioma enano. Li Li estuvo un rato imaginando qué habría pasado, y soltó una pequeña risa al contemplar varios de los peores resultados posibles. La caravana se puso en marcha con estrépito; los severos tol'vir marchaban al lado de los vagones y los guiaban hacia Ramkahen en silencio.

* * *

Llegaron a la ciudad a través de un gran río y el oasis que cubría su ribera. Li Li estaba fascinada con el paisaje. Se maravillaba al observar la diversidad de la vida presente a lo largo del río. Palmeras y helechos de grandes hojas poblaban la orilla, proporcionando sombra a la ribera y refugio a una gran variedad de animales: ranas, sapos, lagartos, y delgados y altos pájaros. Le impresionó comprobar que una frágil franja de exuberancia pudiera prosperar en medio del inhóspito desierto.

De repente, la población de árboles disminuyó. Cuatro pilares de piedra se elevaban sobre la tierra, y más adelante dos grandes estatuas con cabeza de halcón custodiaban la entrada a la ciudad. Al sur, el Lago Vir'naal brillaba como un conjunto de diamantes bajo el despiadado sol.

Habían llegado a Ramkahen. Los tol'vir los acompañaron hasta la ciudad y ordenaron que los vagones permanecieran a sus puertas. Li Li blandió su bastón con cautela mientras caminaba al lado de los tol'vir, mucho más grandes que ella, pero ninguno de ellos se dignó a dirigirle la mirada.

Ramkahen habría sido realmente fascinante para los pandaren si sus circunstancias en ese momento hubiesen sido distintas. Pero dada su situación, Li Li estaba demasiado molesta como para apreciar las calles bellamente adoquinadas o los coloridos toldos que decoraban cada puerta. El estado de ánimo de Chen no difería demasiado del de su sobrina.

Mientras su séquito continuaba por Ramkahen, quedó claro que estaba pasando algo fuera de lo común. Una turba de tol'vir estaba reunida alrededor del centro de la ciudad, gritando de manera enfurecida. Los guardias estaban alertas en toda la gran plaza, examinando a la multitud en busca de comportamientos potencialmente peligrosos.

—Pero ¿qué es lo que está pasando qué pasa aquí? —preguntó Chen en voz alta.

Un gran edificio bordeaba el extremo norte de la plaza, con una amplia escalera que llegaba hasta un mirador elevado. Sobre él había cinco tol'vir fuertemente encadenados. Se encontraban escoltados por otros tres tol'vir, uno de los cuales llevaba una esplendorosa máscara que ocultaba por completo su rostro. A la distancia a la que se encontraba Li Li, era difícil fiarse de la propia vista, pero la piel de los prisioneros parecía de algún modo diferente a los otros tol'vir. Li Li forzó la vista, para tratar de ver mejor.

Uno de los tol'vir situado en la parte superior de la escalera se hizo oír por encima del estruendo.

—¡El rey Phaoris se dirigirá ahora a vosotros! ¡Guardad silencio y escuchad!

Las masas se calmaron. El tol'vir con la máscara, el rey Phaoris, habló, no a la gente allí reunida, sino a los prisioneros. Su intensa voz retumbaba por toda la plaza.

—Neferset supervivientes: se os acusa de conspirar con el malvado dragón Alamuerte. Se os acusa también de aceptar su oferta para acabar con la maldición de la carne a cambio de vuestra lealtad hacia él y su aliado, el señor elemental del aire, Al'Akir. Asimismo, se os acusa de utilizar el poder que ellos os proporcionaron para provocar una guerra contra vuestro propio pueblo...

—Tío Chen, ¿qué es la maldición de la carne? —susurró Li Li.

—No lo sé —respondió, también entre susurros.

—Es una enfermedad que afecta a las creaciones de los titanes —aseveró Felyae, que permanecía junto a ellos, en voz baja. Ambos pandaren parpadearon, perplejos—. Los titanes proporcionaron vida a sus creaciones mediante rocas, generalmente, u otros medios mecánicos —explicó ella—, para que pudieran llevar a cabo sus tareas en el mundo sin temor a que se deterioraran o se debilitasen. Pero hay seres que cuentan con una gran magia y malicia, y odian a los titanes; ellos sabotearon esas creaciones, transformando sus cuerpos en carne, como el del resto de criaturas de Azeroth.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —preguntó Li Li en voz baja. En el rostro de Felyae apareció un gesto entre la sonrisa y el mohín.

—Porque los enanos también tenemos esa enfermedad —dijo ella—. Una vez fuimos criaturas de piedra, hechas por los propios titanes.

La expresión de Felyae dejaba claro que tenía sentimientos encontrados respecto al hecho de estar hecha de carne. Li Li, sabiamente, se abstuvo de comentar nada, pero pensó en la vez que estuvo en Forjaz durante la Fiesta de la Cerveza, y le costó imaginar el mismo bullicio y jovialidad por parte de los enanos si estuviesen hechos de piedra. No podía evitar sentirse un poco feliz al descubrir que ahora eran meras criaturas de carne y hueso, como ella misma.

—En ese caso, los tol'vir deben de haber sido creados también por los titanes —comentó Chen. Y Felyae asintió con la cabeza.

En lo alto de la escalera, el rey Phaoris estaba concluyendo su discurso. Li Li se había perdido la segunda mitad.

—El Alto Consejo discutirá este asunto durante lo que queda del día de hoy y a lo largo de mañana. Al día siguiente, vuestros destinos se habrán decidido. ¡Si alguno de vosotros desea hablar en su propia defensa, que lo haga ahora!

—¡Muerte a los prisioneros! —gritó alguien de entre la multitud.

—¡Sufrimiento para los traidores! —vociferó alguien más.

—Que comiencen las deliberaciones —dijo el rey Phaoris dirigiéndose a las masas, ya inquietas—. Todo ciudadano que desee contribuir con posibles modos de afrontar esta situación, puede dirigirse al consejo.

Un grupo de guardas se llevó a los prisioneros Neferset, acompañados por los gritos y los abucheos de los espectadores. El rey Phaoris y sus acompañantes entraron en el magnífico edificio y desaparecieron. Poco a poco la multitud comenzó a dispersarse, del mismo modo que las corrientes de murmullos encolerizados que la recorrían. Los tol'vir que vigilaban a Li Li, a Chen y a los enanos los empujaron en dirección a la gran escalinata y hacia el enclave del rey.

* * *

El grupo fue presentado directamente ante el rey Phaoris, quien los examinó durante unos desconcertantes y largos momentos antes de hablar.

—Mis guardias os han traído ante mí por una razón —dijo con frialdad—. ¿Qué hacéis aquí?

Dalgin dio un paso al frente.

—Somos arqueólogos —dijo, con el pecho ligeramente hinchado de orgullo—. De la Liga de Expedicionarios de Forjaz. Hemos venido para aprender cuanto podamos de los antiguos yacimientos de Uldum.

Li Li podría haber jurado que Phaoris puso los ojos en blanco, pero su máscara hacía imposible saberlo a ciencia cierta. Aunque sí que suspiró levemente.

—Una expedición de gnomos estuvo figoneando en las ruinas al sur, y perdieron completamente la cabeza —proclamó, con algo de impaciencia en el tono—. Es cierto que forasteros como vosotros nos proporcionaron una gran ayuda durante la reciente guerra, pero recordad que sois nuestros invitados en estas tierras. Algunas cosas están mejor enterradas. Podéis quedaros en mi ciudad por el momento, pero no llevéis al límite nuestra acogida. Podéis retiraros.

Los enanos comenzaron a desfilar hacia el exterior, refunfuñando por lo bajo. Li Li captó partes de frases, cosas como: "obstrucción al conocimiento" y "malditos viejos estirados". Pero contuvo la risa. Chen se quedó atrás, fijándose en la estancia, empapándose con la arquitectura y la decoración de ese extraño lugar. Li Li sonrió y se quedó dando una vuelta con su tío.

Pasado un rato, emprendieron la marcha con la intención de encontrar a los enanos y buscar una taberna, o su equivalente en Ramkahen. Mientras Chen se dirigía hacia la puerta fue casi arrollado por un tol'vir que entraba a toda prisa en el edificio.

—¡Rey Phaoris...! —gritó el recién llegado—. Por favor, debo hablar contigo y con el Alto Consejo.

El rey resopló sonoramente.

—Ya hemos escuchado lo que tenías que decir, Menrim.

—Por favor —insistió Menrim—, por favor, escuchadme. Los prisioneros Neferset merecen clemencia...

—Estaba claro que dirías algo así... —gruñó uno de los miembros del consejo. El rey Phaoris levantó la mano para demandar silencio.

—Menrim, sé que su destino te preocupa. El Alto Consejo se asegurará de que se haga justicia, sea cual sea la forma que esta adopte.

—Provocaron una guerra y fueron derrotados —alegó Menrim—. ¿No es acaso eso suficiente? ¿Debemos responder a la sangre con la sangre?

Otro tol'vir en la estancia murmuró algo que sonó muy parecido a un "sí".

Li Li y Chen se dieron prisa en abandonar el edificio, escapando mientras la atención de todos estaba puesta en Menrim. Mientras dudaban en la plaza, sin saber adónde ir a continuación, Menrim salió por la parte superior de la escalera, arrastrando las patas de color terroso. El desánimo le salía por todos los poros, y el corazón de Chen fue en su busca. De manera impulsiva, decidió hablar con el solitario tol'vir.

—No he podido evitar escuchar lo que le has dicho al Rey —afirmó mientras se acercaba a Menrim dando zancadas—. Creo que estás siendo muy valiente. No es sencillo abogar por la clemencia hacia aquellos que han obrado mal contigo.

Menrim se quedó estupefacto ante las palabras de Chen. Sus ojos examinaron a los dos pandaren, claramente forasteros en aquellas tierras. No habló, pero su rostro perdió parte de su expresión angustiada.

—Me llamo Chen Cerveza de Trueno. Mi sobrina Li Li y yo somos recién llegados. Esperamos que tengas suerte en estos difíciles momentos.

—Mi nombre es Menrim —respondió el tol'vir—. Gracias por tus palabras. —Se detuvo durante unos instantes, y añadió—. Me encantaría invitaros a ti y a tu sobrina a cenar, si os parece bien.

—Nos sentiremos honrados al aceptar tu invitación, Menrim —dijo Chen.

* * *

Menrim vivía en una modesta casa baja con vistas al Lago Vir'naal. Mientras el cielo se oscurecía, las luces provenientes de la ciudad, al otro lado del agua, hicieron acto de presencia.

—¿Cómo se llama la otra ciudad que hay allí? —preguntó Li Li, señalando las luces naranjas y rojas. Li Li estaba en la cocina, ayudando a Menrim a limpiar los platos después de la cena.

—Es Mar'at. Estaba cerca de Orsis, cuando esta aún seguía en pie.

—¿Orsis fue destruida durante la guerra? —preguntó Li Li. Y Menrim asintió con la cabeza.

—Sí. Al'Akir envió a sus ejércitos para enterrarla en una inmensa tormenta de arena. —Menrim suspiró—. Orsis y Neferset eran ciudades verdaderamente preciosas. Sobre todo Neferset.

—¿Has estado allí?

—Nací allí —respondió Menrim con tranquilidad.

—Ah —dijo Li Li. Limpió un plato sintiéndose algo incómoda—. ¿Eres un Ramkahen?

—Ahora sí —respondió Menrim tras un momento—. Pero antes era parte de la tribu Neferset.

—Ah —volvió a decir Li Li. Y prosiguió con su tarea.

—Yo... —comenzó Menrim, con una leve chispa de orgullo en su tono de voz. Frunció el ceño—. No parece que te sorprenda.

Li Li pestañeó.

—¿Debería?

Menrim la observó extrañado, en busca de una respuesta.

—Supongo que no tienes por qué considerar necesariamente mi herencia como algo extraño.

—Menrim —dijo Li Li—, no sé casi nada sobre los tol'vir. Sé que hubo una guerra civil, y he oído que los Neferset se aliaron con Alamuerte, —Menrim se estremeció al oír a Li Li mencionar el nombre del dragón Aspecto. Li Li prosiguió—, pero no da la impresión de que tú estés de su lado. No veo demasiada muerte en ti.

Menrim esbozó la más mínima de las sonrisas al escuchar las palabras de Li Li.

—Tampoco alas —respondió. Y Li Li lo miró de reojo con gesto amable. Menrim respiró profundamente.

—En ese caso, creo que lo mejor será que os cuente a ti y a tu tío una historia.

—Nos encantan las historias —dijo Li Li. Y en el rostro de él se dibujó una mueca de dolor.

—Puede que esta no os guste demasiado —dijo.

* * *

Chen y Li Li se sentaron en el suelo con las piernas cruzadas de cara a Menrim en la habitación delantera de su pequeño hogar. Menrim cruzó las piernas por debajo de él y comenzó.

—La ciudad de Neferset está al sur de aquí. Es... era, impresionante, mucho más grande que Ramkahen. Yo nací allí, al igual que mi hermano, Bathet.

—Todos los tol'vir conocemos bien nuestra historia. Sabemos que fuimos creados por los titanes, quienes nos encargaron proteger Uldum y sus secretos. Dicho eso, también somos un pueblo por nosotros mismos. No somos autómatas. En un principio, los titanes nos proporcionaron cuerpos de piedra para que pudiésemos ejercer mejor de guardianes. Cuando la maldición de la carne apareció por primera vez entre los tol'vir lamentamos que nuestros cuerpos se debilitasen, pero no parecía que pudiésemos hacer nada para revertirla, así que lo aceptamos y proseguimos con nuestras vidas. Aun así, muchos jamás dejaron de lamentar la pérdida. Como ya sabéis, el gran dragón Alamuerte volvió hace poco al mundo. Se alió con Al'Akir, líder de los elementales de aire, así como con los dioses antiguos, fuente de la maldición.

—¿Se alió con los dioses antiguos? —dijo Chen débilmente—. No me lo puedo creer.

—Créetelo —dijo Menrim de manera grave—. Cuando Alamuerte vino aquí, ofreció a los tol'vir un trato: unirnos a él a cambio de que nos devolviese nuestra forma de piedra original. Él revertiría la maldición.

Li Li y Chen asintieron con la cabeza.

—Mis compañeros Neferset, liderados por el faraón oscuro Tekahn, aceptaron el trato de manera abrumadora. Yo, sin embargo, no lo veía así.

Menrim se serenó.

—Intenté convencer a los otros Neferset de que aquello era una mala idea. Sí, recuperaríamos nuestros cuerpos de piedra, pero deberíamos gratitud eterna a Al'Akir y Alamuerte. Mis semejantes eran arrogantes, y creían que podríamos vencerlos y recuperar nuestra independencia una vez hubiésemos recobrado nuestra antigua forma. Cada vez menos gente compartía mis dudas. Incluso Bathet se mostraba en desacuerdo conmigo. Le rogué que reconsiderase mis palabras, pero él no quiso escucharme. Él fue uno de los más fervientes adherentes a la alianza de toda la ciudad. Llegó un momento en el que estaba claro que estaba en peligro. Huí a Ramkahen, y le ofrecí mi lealtad al rey Phaoris. Cuando el resto de los Neferset se hicieron abiertamente hostiles, yo ayudé a derrotarlos.

—¿Y tu hermano? —preguntó Chen suavemente—. ¿Qué le pasó?

Menrim no respondió inmediatamente. Sus rasgos denotaban cansancio a la luz naranja de las lámparas de aceite.

—Aún vive —respondió Menrim por fin. Su voz se volvió temblorosa—. Es uno de los prisioneros de los Ramkahen. Ahora aguardan la decisión del Alto Consejo sobre su destino.

* * *

Esa noche Chen se quedó despierto en su saco de dormir, observando el techo de la habitación delantera de casa de Menrim. Los leves ronquidos de Li Li dejaban claro que estaba dormida; sin embargo, Chen sabía que no se dormía con facilidad. Había escuchado cómo daba vueltas por lo menos durante una hora hasta sucumbir al cansancio.

Él, sin embargo, no podía descansar. Chen entendía perfectamente por qué Menrim se atrevió a enfrentarse a los otros tol'vir y a pedir piedad para los prisioneros de guerra Neferset. Solo tenía que imaginarse cómo se sentiría si Chon Po se enfrentase a una ejecución, incluso por crímenes como los de Bathet, y sabía que él también haría todo lo que estuviese en su mano para salvar la vida de su hermano. Cuanto más consideraba la situación, más punzadas de dolor sentía en el estómago al pensar lo que Menrim debía estar pasando, al saber que tal vez fuese lo único que se interponía entre su hermano y la muerte. Llegado un momento, Chen se levantó y volvió a la cocina para sentarse a la mesa. Se sentía totalmente descansado y exhausto al mismo tiempo.

—Veo que tú tampoco puedes dormir. —La tranquila voz de Menrim lo sacó de sus pensamientos de repente. No había escuchado al to'vir entrar en la habitación, y Chen se maravilló de que, con su tamaño, Menrim fuese capaz de caminar tan silenciosamente como un gato.

—Siento que el suelo no sea más cómodo —dijo Menrim, a lo que Chen respondió sacudiendo la cabeza con firmeza.

—Créeme: he dormido en sitios mucho peores que este. Estoy despierto porque no dejo de pensar en lo que nos has contado después de cenar.

Menrim suspiró.

—Yo tampoco. Todo el mundo conoce mi historia. En otro tiempo eran comprensivos, pero la guerra endurece hasta el corazón más compasivo.

—Yo también tengo un hermano —respondió Chen—. Es el padre de Li Li. No siempre nos hemos llevado del todo bien, pero no me puedo imaginar la idea de acabar en bandos opuestos en una guerra.

Menrim fijó la mirada en el horizonte.

—He discutido largo y tendido con el Alto Consejo. No muchos están dispuestos a ser clementes solamente por el hecho de serlo, pero varios de ellos estarían abiertos a considerarlo si los prisioneros se arrepienten. He tratado de convencer a Bathet de que lo haga, pero hasta ahora no parece que muestre ningún tipo de arrepentimiento. —La voz de Menrim sonaba quebradiza; en ese momento bajó su gran testa felina contra el pecho y agachó las orejas.

—Nada me preocupa más que mi familia —dijo—. Siempre he intentado ser un ejemplo. Yo soy mayor que Bathet. Quería mostrarle cómo vivir una buena vida, pero tampoco quería entrometerme en su camino. Intenté no decirle qué hacer, pero siempre le hablé de manera honesta cuando vino a mi encuentro. Cuando se convirtió en un defensor tan devoto de la oferta de Alamuerte... Algunas veces me pregunto qué hice mal.

—Tú no eres responsable de sus decisiones —dijo Chen—. Lo único que puedes hacer es vivir tu propia vida y ser fiel a ti mismo. Es probable que Bathet hiciese lo mismo, por terrible que parezca. Puede que él pensase que estaba haciendo lo correcto.

—Es posible —respondió Menrim. No dirigió su mirada hacia Chen—. Creo que voy a volver a la cama. Buenas noches.

—Buenas noches —dijo Chen. Sabía que sus palabras no habían ofrecido consuelo alguno. Sentía que no había estado a la altura de las circunstancias, y se juró a sí mismo que haría lo que pudiese, todo lo que pudiese, por ayudar a Menrim y a su hermano.

* * *

A la mañana siguiente, antes de que Li Li se despertara, Chen se fue a averiguar el lugar en el que estaban encerrados los prisioneros Neferset. Los tol'vir tendían a mostrarse abiertamente hostiles en cuanto sacaba el tema, pero al final una orca con aspecto bastante serio le indicó el camino hacia la puerta oriental, por la cual habían entrado a la ciudad el día anterior Li Li y él. La rampa que habían pasado y que bajaba hasta la tierra era la entrada a una cárcel. Chen le dio las gracias y siguió su camino.

Dos chacales sobre pilares guardaban de manera inquietante la parte superior de la rampa. Chen se detuvo y dirigió su mirada hacia ellos con la esperanza de que tuviese algún efecto positivo en la situación, mientras al mismo tiempo se preguntaba si una sola persona podría conseguir algo. Se recordó a sí mismo que había visto a varios individuos hacer grandes cosas. Tras respirar profundamente, Chen comenzó a bajar la pasarela. Un guardia Ramkahen bloqueaba la puerta al otro extremo.

—¿Qué buscas aquí? —inquirió, blandiendo una pica tan grande como el propio Chen.

—Eh... Me gustaría hablar con los prisioneros Neferset —dijo Chen.

—¿Con qué propósito? —insistió el guardia.

—Aprender —respondió Chen—. Quiero saber por qué hicieron lo que hicieron.

El guardia lo observó de cerca, de arriba abajo.

—Eres una criatura muy extraña —dijo—. Está claro que no tienes ninguna relación con los tol'vir. Pero, si quieres conversar con los detenidos, puedes hacerlo, siempre y cuando dejes todas tus posesiones aquí conmigo. Hay otro guardia en el interior que te vigilará.

Chen asintió con la cabeza. Dejó su bastón y su mochila en el suelo.

—Gracias —dijo, mientras abría la puerta.

Era obvio que esa estructura subterránea no se construyó para ser una cárcel, sino que se acondicionó a toda prisa para cumplir ese propósito. Tal y como se le había dicho, otro guardia estaba esperando para asegurarse de que su conversación con los Neferset fuese inofensiva.

Los Neferset estaban firmemente encadenados a las paredes de roca, y resultaba evidente que sus endeblés celdas eran construcciones temporales. Chen se preguntó hasta qué punto el Alto Consejo pretendía encarcelar durante una larga temporada a esos tol'vir.

—¿Quién de vosotros es Bathet? —preguntó.

—Ese —respondió el guardia Ramkahen, apuntando hacia una celda junto a la pared de la derecha. Chen asintió y se acercó hacia el hermano de Menrim.

Ahora que se había acostumbrado a la tenue luz, Chen examinó detenidamente a Bathet y al resto de los prisioneros. Era cierto que se habían convertido en criaturas de piedra. Casi parecían más gólems que seres vivos.

—Entonces, ¿tú eres Bathet? —preguntó Chen.

—¿A ti qué más te da? —le gruñó el Neferset como respuesta. Sus ojos eran exactamente lo contrario de los de Menrim: duros, fríos y llenos de rabia.

—¡Responde a sus preguntas! —le gritó el guardia, golpeando los barrotes de la celda con su pica. El choque de ambos metales resonó de manera impactante en la estancia subterránea.

Bathet hizo una mueca y no respondió. En vez de eso se paseó por su diminuta celda, incansable, mostrando los dientes a Chen. El guardia volvió a golpear los barrotes con su pica.

—Vengo en nombre de tu hermano Menrim —dijo Chen.

Bathet pestañeó mientras miraba a Chen y comenzó a reírse con sorna.

—¡Bueno, eso explica por qué querrías desperdiciar tu tiempo en la oscuridad con los integrantes de un pueblo derrotado! Supongo que el querido Menrim te suplicó que me ayudaras a entrar en *razón*.

—La verdad es que no tiene ni idea de que estoy aquí —dijo Chen. Bathet volvió a reírse.

—¡Eso es aún mejor! ¡Ha conmovido tu corazón de tal manera que te ha llevado a hacer el trabajo sucio por él! Magnífico.

Chen ladeó la cabeza y observó a Bathet. Sabía que contraatacar de manera directa solo llevaría a más mofas, así que optó por examinar la mejor manera de conseguir que Bathet hablase con él.

—Desde luego está claro que esto es lo que se llama trabajo sucio —dijo Chen—. Estoy seguro de que ninguno de vosotros se ha bañado desde hace meses, aunque supongo que al menos tenemos suerte de que simplemente seáis un par de trozos de roca.

El guardia Ramkahen que estaba cerca de Chen pareció ofenderse mínimamente por el comentario, pero aun así se rió por lo bajo. Bathet parecía sorprendido, y Chen hizo como si se quitara algo de mugre de su pelaje blanco y negro. Después, se cruzó de brazos y dirigió a Bathet la mayor mirada de suficiencia que pudo conseguir.

Funcionó.

—Los seres de carne os creéis unos santos. De hecho, me gustaría que se lo dijese a mi hermano. Y cuando lo hagas, fíjate en esa cara suya tan moralista, quejica y llena de sufrimiento, y observa cómo suspira desesperado mientras sus tristes ojos dicen: "*Oh, estoy tan decepcionado contigo, Bathet...*". Entonces, dile que es un...

Bathet encadenó una serie de repugnantes epítetos que Chen se prometió a sí mismo que jamás repetiría. Hasta el guardia se sorprendió ligeramente.

—Eso es lo que pienso de él y de su piadoso complejo de superioridad.

—Claro —dijo Chen.

—Sea como sea, Menrim está malgastando saliva —prosiguió Bathet—. Incluso si el consejo cae en sus tan sentidas apelaciones a la clemencia, preferiría morir aquí con mi *verdadera* familia a pasar un solo momento más en su presencia.

Una vez dicho eso, Bathet se giró hacia la pared y dio la espalda a Chen. Este no intentó seguir hablando; sabía que su tiempo allí ya había terminado.

—Me gustaría marcharme ya —dijo al guardia, quien asintió con la cabeza.

La luz del sol era deslumbrante, y Chen tuvo que parpadear unos cuantos segundos mientras sus ojos se acostumbraban de nuevo al exterior. Uno de los guardias de la prisión cerró la puerta tras él, mientras otro lo observaba con curiosidad.

—Espero que hayas aprendido lo que querías —dijo—. Aunque dudo que encuentres mucha luz entre los prisioneros. No son más que fanáticos.

Chen reflexionó sobre la conversación que había tenido en la cárcel mientras recogía los objetos que había dejado en la puerta. Aunque "fanático" parecía una buena descripción para Bathet, este no había mencionado ni una vez a Alamuerte ni nada relacionado con riquezas o poder. Solo había expresado un profundo y sólido odio hacia su hermano.

—He aprendido lo suficiente —dijo Chen. Subió la rampa, absorbo en sus preocupaciones.

* * *

—¡Vaya, mira quién ha decidido escabullirse! —comentó Li Li. Estaba esperándolo fuera de la casa de Menrim, bajo la sombra de una palmera. Había estado estudiando uno de los mapas que había cogido en Shen-zin Su, marcando los sitios que habían visitado y añadiendo lugares importantes, como Uldum.

—¿A qué hora te has levantado? —prosiguió—. ¿Es que no sabes que estamos de vacaciones?

Chen intentó sonreír con las bromas de su sobrina, pero no estaba de humor. Li Li se percató al instante de su tristeza.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Fui a la cárcel, a visitar al hermano de Menrim —dijo.

—Seguro que ha sido una conversación mañanera muy alegre.

Chen dirigió su mirada hacia el brillante Lago Vir'naal sin siquiera responder. Estaba pensando en la pena de Menrim y el odio de Bathet.

—¿Tío Chen? —Li Li posó una de sus zarpas suavemente sobre su cintura—. ¿Por qué has ido a la cárcel? Sus ojos brillaban con una preocupación sincera por él. Chen la abrazó con fuerza.

—No lo sé exactamente —confesó Chen mientras se apartaba de Li Li—. Supongo que quería ver qué es lo que puede hacer que alguien tome la decisión que Bathet tomó.

—Bathet odia profundamente a su hermano —dijo—. En cuanto mencioné el nombre de Menrim, él... Bueno, digamos que no se alegró.

Chen se apoyó contra el tronco de la palmera.

—No sé qué pensar. Bathet llamó a los otros prisioneros Neferset su "verdadera" familia, así que está claro que quiere alejarse de Menrim, pero no sé por qué. Ayer por la noche Menrim no dejaba de hablar acerca de cuánto se preocupa por su hermano.

Li Li frunció el ceño y se mantuvo en silencio. Chen prosiguió.

—¿Cómo es posible que Bathet lo odie *de esa manera*? ¿Qué puede haber pasado entre ellos?

—Él se marchó —dijo Li Li con tranquilidad.

—Claro que se marchó —respondió Chen—. No quería trabajar para Alamuerte.

—No, quiero decir antes de eso —Li Li sacudió la cabeza—. Estuve hablando con Menrim mientras estabas fuera. Él es mayor que Bathet. Menrim se fue a trabajar con los sacerdotes para mantener los dispositivos de los titanes en cuanto se hizo mayor. Pasaba todo el tiempo fuera. Apenas veía a Bathet.

Chen miró a Li Li extrañado.

—¿Y qué?

—Pues... Supongo que a Bathet le sentó mal —dijo Li Li entre dientes—. Él se sentía abandonado y dominado. A Bathet no le importaba Alamuerte; lo que le importaba era tener un sitio al que pertenecer.

—¿Cómo puedes saber lo que hay en la cabeza de Bathet? —le preguntó Chen.

Li Li se agarró varios mechones de pelo y tiró de ellos, visiblemente frustrada. Chen nunca la había visto actuar así. Parecía estar luchando contra sí misma.

—Lo sé porque eso es lo que dijo Bo una vez. Sobre ti.

—¿Qué?

Li Li parecía triste, pero siguió hablando.

—Cuando papá envió a Bo a buscarme. Él me dijo que... —Li Li fue apagando su voz.

—¿Qué te dijo? —preguntó Chen. Su corazón le golpeaba violentamente el pecho.

—Bo me dijo que te marchaste porque te importaban más tu cerveza y tus aventuras que nosotros.

—¡Eso no es verdad! —protestó Chen.

—¡Ya lo sé! —dijo Li Li gritando—. ¡Por favor, Tío Chen, leo tus cartas todos los días! Pero así es como se sentía Bo. Durante mucho tiempo fue así. Estaba muy enfadado contigo.

Chen agachó la cabeza. Su discusión con Chon Po la noche antes de que Li Li se llevara la perla volvió a su mente con una claridad inusitada. Podía ver el dolor en la mirada de Po y escuchar la rabia y la angustia en su voz.

—Recuerdo lo que Bo me dijo en la playa cuando estaba a punto de morir. En ese momento no lo comprendí por completo; todo pasó muy rápido. —Chen se frotó la cara; de repente se sentía muy cansado—. Debería haberlo sabido. Chon Po se sentía de la misma manera. Y ahora sigue sintiéndose así.

Li Li no dijo nada. Por encima de ellos, las hojas del árbol se agitaban con una brisa cálida.

—Creo que sé lo que hay que hacer —dijo Chen.

* * *

Chen tenía el impulso irracional de ofrecer té por costumbre. De lo contrario se sentía inquieto, sin saber qué hacer con sus zarpas. Las juntó delante de él, las colgó de sus costados, y acabó por entrelazar sus dedos por detrás de la espalda.

Menrim estaba frente a Chen y Li Li en la habitación delantera de su hogar. Sus ojos de un marrón claro se mostraban suaves e interrogantes.

—Esta mañana fui a ver a tu hermano —dijo Chen—. Quería hablar con él.

Menrim se dio la vuelta y dio varios pasos alrededor de la habitación, agitando su cola.

—¿Qué dijo?

—Está realmente furioso —dijo Chen. Menrim asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Chen respiró profundamente y se preguntó qué tal le sentaría lo que estaba a punto de proponer.

—Deberías pedirle perdón.

Menrim se dio la vuelta de inmediato.

—¿Yo debería pedirle perdón? ¡Es él quien se unió a Alamuerte!

—Sí —dijo Chen—. Pero... Creo que piensas que nunca te has preocupado por él.

—¿Cómo puede pensar eso? Eso es...

—Menrim —le interrumpió Chen, e incluso a él mismo su tono le pareció algo duro—. Luego podrás pensar en si eso es cierto o no. Pero si de verdad quieres que haya la más mínima posibilidad de que se muestre arrepentido por sus acciones y se le conceda clemencia, estoy casi seguro de que tienes que disculparte.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Menrim.

—Porque yo ya he dejado atrás a varias personas en mi vida. Personas a las que quiero, incluido mi hermano. —Su mente se vio inundada de recuerdos de Chon Po y de Bo, el Recio—. Y... eso ha traído consecuencias.

Menrim se puso a caminar de nuevo, absorto en sus pensamientos. Al final se detuvo frente a frente con los dos pandaren.

—De acuerdo —dijo—. Lo intentaré. Le pediré perdón a Bathet. —Hizo una mueca; la idea no le entusiasmaba demasiado.

Chen asintió, intentando parecer alegre.

—Creo que cambiará mucho las cosas —dijo.

Menrim no respondió; se limitó a salir airado de la habitación.

—Creo que ha ido bien —dijo Chen.

Li Li echó un vistazo a sus zarpas.

—No hay duda, Tío Chen.

* * *

Menrim no volvió hasta mucho después de que el sol se pusiese. Chen y Li Li se sentían algo incómodos quedándose en su casa sin que él estuviese allí, así que apoyaron sus mochilas y bastones contra el muro de contención del embarcadero y se sentaron junto al río a esperar.

Li Li se había quedado dormida sobre el hombro de Chen para cuando Menrim volvió caminando lentamente por la calle. Chen alzó la mano para llamar la atención de Menrim, pero el tol'vir no devolvió el saludo. Menrim giró la cabeza con parsimonia, le miró a los ojos, y siguió su camino.

Chen bajó el brazo.

—Me esperaba algo así —dijo. Despertó a Li Li con cuidado.

—¿*Gué guieres, Chen?* —farfulló mientras se frotaba los ojos.

—Me da la impresión de que esta noche no somos demasiado bienvenidos en casa de Menrim —dijo—. Vamos; busquemos una posada.

—Al menos tendremos la posibilidad de encontrar una cama en vez de un trozo de suelo —murmuró Li Li mientras cogía sus cosas.

—El vaso está medio lleno, ¿eh? —dijo Chen. Por un momento deseó con todas sus fuerzas que Li Li y él hubiesen seguido a los enanos justo después de su confrontación con el rey Phaoris, y que nunca hubiese conocido a Menrim. Los pandaren habrían seguido con la caravana, dondequiera que estuviese, y estarían riéndose y pasándose bien.

Para cuando encontraron alojamiento estaban tan cansados que acabaron durmiendo hasta bien entrada la mañana. Al despertar, el clamor de cientos de voces les impelió a salir de sus camas y vestirse rápidamente para descubrir qué estaba pasando.

Fuera, los habitantes de Ramkahen estaban atascando las calles, presionando para llegar a la plaza central, dirigiendo expectantes su mirada hacia el edificio que alojaba al Rey y al Alto Consejo.

—¿Qué sucede? —preguntó Chen. Li Li ya sabía la respuesta.

—Ha llegado el momento —dijo con tranquilidad—. El Alto Consejo está a punto de anunciar su decisión.

Chen tenía el corazón en la garganta. Li Li miró a su tío.

—Tenemos que encontrar una vista mejor.

Chen asintió con la cabeza.

Empujaron y lograron hacerse paso entre la multitud hasta que llegaron junto a un enorme reloj de sol en la zona sudoeste de la plaza. Una pila de cajas se tambaleaba cerca; eran demasiado estrechas para los tol'vir, pero lo suficientemente grandes para que un par de pandaren pudiesen sentarse. Chen y Li Li escalaron hasta la parte de arriba, desde donde podían ver con facilidad la parte frontal del gran salón.

Unos instantes después, un grupo de guardias Ramkahen condujo afuera a los cinco prisioneros Neferset. Estaban encadenados juntos por el cuello, las muñecas y los tobillos; el ruido metálico de las pesadas cadenas se perdía entre los ensordecedores abucheos de la multitud. Chen reconoció a Bathet y tragó saliva de manera nerviosa.

El rey Phaoris pasó al lado de los prisioneros hasta la parte frontal y levantó los brazos. La muchedumbre se calmó.

—¡Ciudadanos de Ramkahen! —exclamó—. El Alto Consejo ya tiene su veredicto. Antes de que este sea anunciado, sin embargo, hemos decidido permitir a cada prisionero hablar por sí mismo ante el público, para que seáis capaces de entender la decisión que hemos tomado. Esperamos que os mostréis solidarios con aquellos de nosotros que han deliberado durante tanto tiempo para poder alcanzar la más justa sentencia.

La multitud aclamó entusiasmada, pero Chen percibía un sentimiento de fiereza solapada, y no todo el mundo parecía estar completamente de acuerdo con las palabras del Rey. Phaoris se hizo a un lado y un guardia empujó al primer prisionero. Miró a un lado y después al otro, haciéndose con una panorámica de los espectadores.

Entonces se dispuso a hablar.

—Mi nombre es Nanteret —dijo el primer prisionero—, ¡y estoy a favor de la alianza que hizo mi pueblo!

La respuesta a esas palabras fue un ensordecedor rugido procedente de la multitud, con gritos llenos de rabia y odio. Chen notó que se le secaba la garganta.

—Solo lamento una cosa —prosiguió Nanteret, gritando —: ¡No haber matado a más asquerosos Ramkahen! —Escupió escaleras abajo para dar más fuerza a su discurso. Rápidamente, un guardia lo empujó de nuevo hacia su sitio. El rey Phaoris volvió a pedir silencio a la multitud, y los Ramkahen bajaron la voz, a la espera del resto de los discursos.

Uno por uno, los prisioneros Neferset fueron hablando por turnos. Los dos siguientes repitieron el discurso de Nanteret casi al pie de la letra. Para cuando Bathet dio un paso al frente, el cuarto de la cola, el corazón de Chen ya se había hundido, aunque no podía evitar guardar una mínima esperanza.

—¡Estoy orgulloso de la elección que tomé! —gritó, llevando su voz hasta el límite—. ¡No siento ningún remordimiento! ¡Estoy con mis *hermanos*!

Chen se estremeció ante el énfasis que Bathet puso en esa última palabra. Li Li puso la zarpa sobre la de su tío. La multitud tronó contra Bathet, y unos cuantos objetos cayeron sobre las escaleras. Una granada a medio comer le impactó en el rostro, e hizo que su oscuro y rojo jugo resbalase por su mejilla.

El último Neferset pronunció sus palabras. Chen apenas pudo escucharlo. Dijera lo que dijera el prisionero, no mostró arrepentimiento alguno, tal y como había hecho el resto.

El rey Phaoris volvió al frente y alzó sus brazos.

—Que quede claro que los Neferset han disfrutado de la oportunidad de decir lo que desean. ¡No muestran ningún tipo de arrepentimiento por su ignominiosa alianza con Alamuerte y Al'Akir! ¡No lamentan los miles de muertos en nombre de sus ansias de poder! ¡Han traicionado todo lo que han llegado a representar los tol'vir!

—La decisión del Alto Consejo es unánime —prosiguió el rey Phaoris—. Todos ellos recibirán la pena capital.

La multitud aclamó la decisión, jubilosa.

Li Li lanzó un grito ahogado, cubriéndose la boca. Chen la agarró del brazo.

—Tenemos que encontrar a Menrim —dijo.

Li Li asintió.

—Vamos.

* * *

De alguna manera, Chen sabía que era una quimera intentar encontrar a una persona entre la multitud que se arremolinaba por las calles de Ramkahen. Li Li y él siguieron intentándolo, hasta que al fin dieron con alguien que lo había visto, y consiguieron localizarlo. Estaba sentado junto a una fuente en la zona norte de la ciudad, bastante apartada. Se percató que Chen y Li Li se le acercaban, pero no los saludó.

Chen se sentó a su lado.

—Lo siento de veras, Menrim —dijo.

Menrim se dio la vuelta y endureció sus facciones.

—No ha mostrado arrepentimiento. Ha sellado su propio destino.

Li Li y Chen estaban sorprendidos por la insensibilidad de Menrim, pero Chen lo atribuyó al impacto por la decisión del Alto Consejo.

—Sea como sea —dijo Chen—, sé que te preocupas por tu hermano. No puedo imaginarme lo duro que debe ser esto para ti.

Todos se quedaron sentados en silencio, con el único acompañamiento del continuo brotar de la fuente.

—¿Puedo preguntarte —inquirió Chen con amabilidad— cómo reaccionó Bathet a la visita que le hiciste ayer?

—Reaccionó como cabía esperar —dijo Menrim de manera brusca—. Como el corrupto y egoísta traidor que es.

—¿Qué fue lo que dijo —prosiguió Chen— cuando le pediste perdón?

De repente, Menrim se levantó y comenzó a caminar. Tras unos cuantos pasos, se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Quién te crees que eres?! —exclamó—. ¿Te entrometes en mi vida y me dices qué es lo que tengo que hacer? ¿Que tengo que disculparme ante Bathet? ¡Para nada tengo que hacer algo así! ¡Él es el criminal, el blasfemo, y yo soy quien ha estado luchando incansablemente para salvarle la vida! ¡Él es quien debería estar suplicándome perdón y dándome las gracias por lo que he hecho desde lo más profundo de su desagradecido y granítico corazón! A su lado, yo soy un *santo*. No hay nada por lo que yo tenga que pedir perdón, y eso es lo que le dije a Bathet. ¿Cómo te atreves a culparme a mí? ¡Sal de mi vida! —gruñó Menrim. A continuación dio la espalda a los dos pandaren y se dirigió hacia la ciudad dando grandes zancadas.

Chen cerró los ojos y apoyó la frente en sus zarpas. Li Li le dio un cariñoso abrazo.

—Lo has hecho lo mejor que has podido, tío Chen —dijo—. No puedes arreglarlo todo.

Chen era incapaz de expresar los sentimientos de responsabilidad, obligación, fracaso y culpa que luchaban en su interior por ser el principal. No podía recordar la última vez que se había sentido tan miserable.

* * *

Matar a un Neferset de piel pétrea era complicado, así que el Alto Consejo optó por aplastar a los prisioneros. Una compleja maquinaria con poleas y contrapesos había sido encargada para la ocasión. Varios guardias accionarían las palancas, y un montón de enormes bloques de piedra se elevarían varios metros por los aires. Cuando se dejaran caer, los bloques impactarían contra el suelo, pulverizando a quienquiera que estuviese bajo ellos. Li Li no era capaz de imaginarse artificio más brutal que aquel.

Daba la impresión de que la ciudad de Ramkahen al completo inundaba el espacio abierto frente al puerto en el que se había dispuesto la máquina. Li Li y Chen subieron a lo alto de un toldo. Ninguno de ellos abrió la boca mientras aguardaban a que diese comienzo el espectáculo. En realidad, ninguno de ellos quería presenciar la ejecución, pero Chen sentía que debía hacerlo, y Li Li no dejaría que lo hiciera solo.

Bien entrada la tarde, los guardias Ramkahen llevaron a los prisioneros por las calles. Los espectadores lanzaron mofas y gritos y soltaron exabruptos contra los Neferset condenados. Li Li estaba a punto de vomitar.

Había muy poco decoro en esos asesinatos. Un guardia simplemente soltaba a uno de los Neferset de la fila, lo llevaba al lugar señalado, y lo encadenaba. Otros guardias activaban la máquina. Li Li intentó obligarse a verlo como señal de respeto, pero no podía soportarlo. Apretó los ojos bien cerrados y siguió los acontecimientos gracias al ruido: el lento chirrido de las poleas mientras las rocas se elevaban, el zumbido del aire al verse desplazado por su caída, el ruido sordo del prisionero aplastado hasta la muerte, y el barrido de los escombros con el objetivo de hacer hueco para el siguiente de la cola.

Chen la agarró firmemente de los hombros, intentando evitar que le temblaran las manos. Él sí que vio las ejecuciones, aunque sentía envidia de Li Li por cerrar los ojos. Se encontraba embelesado, como si alguna fuerza invisible le exigiese no apartar la mirada. Como en los discursos, Bathet ocupó el cuarto lugar. Murió de la misma manera brusca que el resto. Sucedió de manera realmente rápida, pero al mismo tiempo parecía que habían transcurrido un millar de años. Chen sabía que ese día lo perseguiría para siempre.

De alguna manera, Chen notaba que sus pulmones aún cogían aire y su corazón seguía latiendo, pero le daba la impresión de que todo sonido y sensación se encontraban a kilómetros de distancia. El toldo podía haberse venido abajo, y él probablemente no se hubiese dado cuenta. Su mente se desplazó a otro lugar y él siguió sentado allí, en estado de trance, con la vista fija más allá del lago pero sin mirar realmente nada, durante un largo rato.

—Tío Chen —dijo Li Li en voz baja.

—¿Sí, Li Li? —respondió. Ella tenía mala cara.

—Me... Me gustaría irme cuanto antes de aquí. No sé por qué la perla nos trajo aquí. Este sitio está lleno de miseria.

—Oh. —Las palabras de Li Li provocaron que él también sintiese un fuerte impulso de abandonar Ramkahen.

—No sé exactamente hacia dónde debemos dirigirnos ahora —dijo Li Li—, pero no me importa, con tal de salir de aquí.

—Lo mismo digo —respondió Chen—. Descansemos un poco; nos iremos por la mañana.

Se descolgaron del toldo y emprendieron el camino de vuelta a la posada. Cuando llegaron a la puerta, alguien salió a su encuentro de entre las sombras. Era Menrim.

—¿Qué quieres? —preguntó Chen sin rodeos.

Menrim dudó antes de hablar.

—Quería disculparme —dijo.

Los dos pandaren dirigieron su mirada hacia él.

—Tenías razón —prosiguió Menrim—. Tenías razón, y yo debería haberte escuchado. Debería haber hecho lo que me dijiste; tendría que...

—Es un poco *tarde* para esto, ¿no crees? —le interrumpió Chen—. ¿Qué intentas conseguir con esto?

—Yo... Intenté hacerlo. Intenté decirle a Bathet que lo sentía, pero... él no hacía más que echarme la culpa y me puse *furioso*... No *todo* es culpa mía.

—Ahórranos este teatro —dijo Li Li.

—¡Yo quería salvarle! —gritó Menrim—. Quería salvarlos a todos; pedí clemencia al Alto Consejo una vez tras otra...

—Claro que querías salvarlos —replicó Chen de manera rotunda—, siempre que eso no pusiese en un compromiso tu orgullo o cualquier otra cosa.

Menrim observó a los dos pandaren con los ojos abiertos de par en par.

—Sé que he fracasado. Lo sé... Lo supe en el momento en el que esas rocas cayeron, y mi hermano... mi único hermano... —Su voz se quebró, y Menrim rompió a llorar—. Mi ciudad... mi pueblo... mi hermano... ¿Cómo ha acabado todo esto así?

El único sentimiento que albergaba la mente de Chen era el cansancio. Era cierto que Menrim, que todos los *tol'vir*, habían sufrido lo indecible. Era cierto que Bathet y los otros *Neferset* habían hecho cosas horribles. Era cierto que Bathet tenía razones para estar resentido con Menrim. Y probablemente era cierto que nada de lo que hubiesen podido hablar los dos hermanos habría evitado el destino de Bathet aquella tarde.

Chen apenas conocía a los hermanos, y aun así...

—¿Qué quieres que te digamos? —preguntó Chen de manera grave—. Mi sobrina y yo no podemos absolverte. No podemos absolver a Bathet. No podemos cambiar nada para nadie. Lo hecho, hecho está.

Menrim se secó los ojos con el brazo y pareció recobrar algo la calma.

—Lo sé —susurró—, lo sé. Pero... gracias por haberlo intentado. —Respiró profundamente.

—Li Li —comenzó Menrim—, ayer hablamos sobre tus viajes mientras tu tío estaba fuera. No creo que quieras quedarte en Ramkahen después de todo esto.

—Crees bien —dijo Li Li.

—Si seguís el Río Vir'naal hacia el sur, llegaréis a la Ciudad Perdida en su desembocadura. En otro momento fue una fortaleza de los Neferset, pero fueron expulsados de ella durante la guerra. Mi familia tenía una pequeña embarcación. Hasta donde yo sé, sigue allí.

Menrim sacó una gran llave maestra de hierro.

—Esta es la llave para el candado que hay en el amarre. Cogedla. Podréis salir de Uldum mucho más fácilmente con ella. Las corrientes que hay al sur no son demasiado fuertes, y los vientos deberían estar calmos ahora que Al'Akir ha sido derrotado. Por favor —dijo—. Es vuestra.

Li Li se acercó y cogió la llave de su mano.

—Gracias —dijo en voz baja.

Varias lágrimas se deslizaron por las mejillas de Menrim mientras asentía con la cabeza.

—No sé si mi pueblo podrá recuperarse de lo que le ha pasado. Puede que los días de los tol'vir hayan llegado a su fin. Intentaré ser mejor persona de lo que he sido hasta ahora. Os deseo suerte a ambos en vuestros viajes. Espero que encontréis aquello que buscáis —concluyó.

—Ve en paz, Menrim —dijo Chen suavemente.

Menrim se dio la vuelta y emprendió la marcha, de vuelta a su casa, solo.

Li Li y Chen volvieron a la habitación que habían alquilado en silencio. Ambos se sentían algo apesadumbrados en el momento de irse a la cama. Mientras Chen comprobaba las mochilas para asegurarse de que estaba todo listo para salir a primera hora, vio que Li Li había alisado una hoja de papel en el suelo, frente a ella.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Chen.

—Estoy escribiendo una carta a casa —respondió—. Creo que ya va siendo hora. Ha pasado bastante tiempo. —Li Li le miró. Algo le pasaba a Chen.

—A mí también me gustaría escribir una —dijo. Li Li sacó algo de papel y otra pluma del fondo de su mochila. Chen se sentó en el suelo en otra parte de la habitación y alisó la página en blanco que tenía enfrente.

Querido Chon Po, comenzó a escribir.

Te debo una disculpa.